

Hace ya más de quince años que Elena Climent me sorprendió con la audacia de su visión con unos dibujos humorísticos con que ilustraban, en secuencias pictográficas de rara habilidad narrativa, situaciones de la vida cotidiana. Desde entonces lo que fue para mí una revelación inesperada se ha convertido en toda una tendencia que invariablemente se asimila a denominaciones tales como “ultra-realismo”, pintura pintoresca, academia, genre, conversation place, prosa, etc. Todas estas denominaciones comportan un ingrediente literario muy definido en el que radica el extraordinario interés que, en un momento en que la fotografía parece haber llegado a las fronteras entre la realidad y la nada, tiene la obra de esta pintora.

Encuentro en las pinturas de Elena Climent ecos muy evidentes de esa literatura o de esa concepción literaria del mundo que oscila entre los dos polos de la psicología femenina, en la literatura claro: Emma Bovary y Molly Bloom, a partir de las que se organiza el riquísimo e inefable universo del lugar común elevado a la potencia del Eterno Femenino; una potencia que a mi modo de ver sólo han conseguido Flaubert en *Madame Bovary*, de todas todas Joyces en el último capítulo de *Ulyses* y, sorprendentemente Mallarmé en su impersonatio de todo el staff femenino de la revista *La mode elegante*, como comentarista de modas, de alta costura, accesorios, lingerie, doctora corazón, cosmeticista, higiene, régimen, etc., obra maestra de su prosa evocante y sublime.

Cuando digo lugar común no lo digo en sentido peyorativo. Al contrario, pienso que en su ser de lugares comunes-comunes, sobre todo reside la universalidad de todas las cosas que reconocemos y que están indeleblemente inscritas en nuestra memoria y en nuestra experiencia no por su excelsitud, sino por su nimiedad.

Elena Climent sabe reconocer lo cotidiano universal, igual que todos los reconocemos en el momento anterior a olvidarlo, todos los días, inexorablemente, en ese momento dado en que tenemos que confrontar la misteriosa y simple realidad de los rincones domésticos, esos resquicios tan particulares y tan universales a la vez en los que el estropajo, las hojas de rasurar enmohecidas, la alcancía habilitada en el bote abollado de chocomilk, dos horquillas y un carrete de hilo con una aguja clavada, una tejita

irreductible de jabón o de piedra pómez, los bibelots abolidos duermen el sueño universal de lo inanimado, de lo inerte, de lo olvidado omnipresente.

La vastísima mitología de la alacena mexicana que conoció con Arrieta los dramáticos esplendores del tenebrismo español y con López Velarde las coloraciones ambiguas y los matices inciertos de ala de mosca del simbolismo, está sintetizada y puesta al día con su complemento de envases de plástico, envolturas de golosinas chatarra, “Las marcas de prestigio”...

La universalidad de las cosas que pinta Elena Climent reside justamente en la extrema particularización de esa condición por la que las reconocemos como universales más por su deterioro característico, por las huellas que el uso o abuso, la descomposición o la inutilidad, el olvido dejan en ellas, que por la familiaridad inconciente que tenemos con sus arquetipos flamantes a través de la publicidad; cosas que habitan los recovecos de las azotehuelas, las proximidades del fogón, del lavadero y del “boiler” un mundo de cosas intensamente reales, de “marcas universalmente registradas”, concretas, visibles, tangibles que, paradójicamente, la fotografía no ha conseguido captar en toda su esencia de familiaridad doméstica; cosas que en las pinturas de Elena Climent de tan reales aparecen fantásticas, sin perder con ello su cotidianidad de cosas que sólo desolvizamos cuando las vemos, que a todos nos son familiares en el estado en que ella las retrata y apresa esa eternidad que les otorga su pura persistencia en el ser, más allá de su forma original y de su función ya cumplida.

Me parece significativo el hecho de que cada día se manifiesta en el arte mexicano con mayor insistencia una tendencia realista o figurativa que busca la producción de efectos más por el rigor que por la inspiración y cuyo impulso responde al deseo de muchos jóvenes pintores de rescatar la disciplina y el dominio técnico largo tiempo olvidados en aras de una expresión más subjetiva y más espontánea.

Esa aspiración no está mal. Sirve, precisamente en estos tiempos para calificar y, sobre todo, para distinguir el gran arte del arte de consumo; el de Elena Climent no tiene otra razón de ser que la de documentar y decorar los resquicios más insignificantes de una nostalgia que nunca se acaba de colmar y para fijar y detener lo que por su naturaleza modesta pero imprescindible, está hecho para huir de nuestra memoria: recuerdos desechables eternizados por el arte.